

Una inteligencia preclara de la mitad del siglo XX, Walter Benjamin, en uno de sus agudos ensayos nos señala en precisa profecía; “La humanidad se ha convertido ahora en espectáculo de sí misma. Su autoalienación ha alcanzado un grado que le permite vivir su propia destrucción como un goce estético”; la lucidez de Benjamin nos invita a contemplar con la ayuda del ángel de la historia en algunos de sus relatos, la descripción de rupturas y crisis de la modernidad del tiempo de entreguerras. Hacia qué modernidad me he preguntado en más de una ocasión y la respuesta no ha sido muy precisa pero pudiera aproximarse a un dubitativo axioma, que podría enunciarse como el de sobrevivir en la esperanza de la nostalgia.

Debo reconocer que así ha discurrido un tiempo importante de mi acontecer biográfico como arquitecto junto algunas gentes de mi generación. En la esperanza de que la *modernidad* nos permitiera construir nuevos paradigmas para entender el mundo y abordarlo, en mi caso desde la arquitectura, en una nueva dimensión espacio-temporal que pudiera abatir los muros que separan el arte de la vida, entiendan en su dimensión exacta la generalidad de la metáfora. Esperanza que se ha transformado con el discurrir del tiempo en incertidumbre, al poder comprobar cómo la ciudad de la “razón y progreso” se ha ido transformando en las trazas de una geometría fugaz y difusa al intentar proporcionar y ordenar las sombras de lo inconmensurable, es decir tabular los reductos del sentimiento y el reparto de la tierra en un inventario de usos y funciones. Así, la *razón instrumental* que programaba tan esperanzado inventario para la gleba industrial, dejó sin construir lugares para la vida y el espacio de la ciudad se transformó en tránsito de variables encontradas, *velocidad* y *producción* como dogmas y creencias de un progreso indefinido.

En efecto, con el tiempo he ido acumulando algunas observaciones y he sido testigo en mi madurez como arquitecto, de cómo el espacio abierto y fragmentado que para la nueva ciudad avalaban las vanguardias. Ayer, “sinfonía de la gran ciudad” 1927, hoy se ha convertido en factoría mediática de las desconocidas geografías digitales por donde deambulan los seres técnicos de la era de la información. Velocidad y acción productiva protagonistas singulares de tan sugerente sinfonía siguen siendo, o al menos así lo parece, variables a considerar por los empiristas administradores de la modernidad insatisfecha.

La ciudad máquina del siglo de la ciencia y de la técnica, no conviene olvidar, se fundaba en los principios de un racionalismo que formalizaba los espacios de la arquitectura moderna en tanto respondía a esa valencia funcionalista de la producción; pertenecía a la idea de un orden inscrito en la forma moderna de poder, que responde a la lógica de la acumulación de capital urbano-industrial, modelo en el que se veía inmerso el trabajo del arquitecto si aspiraba a redactar el proyecto del edificio con los atributos de

la modernidad. De manera, que el concepto que yo sentía del quehacer de este arquitecto y de su proceder ético en la construcción del espacio habitable para integrar vida y belleza, se fue poco a poco diluyendo hasta llegar a los postulados de incertidumbre y ambigüedad, variables estas que permiten ahora al arquitecto postmoderno poder vibrar con mayor facilidad en los rituales de la formalización simbólica.

Ayer esta voluntad de modernización espacial se traducía en eslóganes más modestos: *la vivienda es una maquina para habitar, menos es más, la forma sigue a la función, lo pequeño es hermoso, todo es posible bajo el dominio de la técnica*; corolarios que hemos ido incorporando como conquistas y desencantos en ese confiado término de la arquitectura de la ciudad, una expresión dilatadamente temporal, que no ha logrado romper el modelo cerrado donde oficiaba el arquitecto o un grupo reducido de artista y técnicos agrupados planeaban bajo su aparente poder de decisión modelos imaginarios, o si prefieren, algunos ayudados por la palabra deseo dibujaban lugares de aproximación a la belleza de la ciudad.

Pienso que en nuestros días sólo desde esta voluntad de construir lugares bellos para habitar la ciudad, este vínculo del deseo pueda aplacar y superar la voracidad formal con el que se acoge aquel otro aserto, según el cual, “la piel es la materia profunda de la estructura del espacio” (Deleuze y Guattari).

II

En la mitad de este siglo XX que con tanta precisión retrata la evolución de la ciudad, me ha gustado otear estos relatos del sentimiento arquitectónico, desde la mirada del arquitecto como arqueólogo, porque es, pienso yo, en estos extractos del sedimento donde adquiere fundamento la construcción imaginaria del espacio del edificio y además donde nos permite anotar sobre el cuaderno de campo del arquitecto como arqueólogo los alfabetos iniciáticos, los recintos de las culturas subyacentes, los vestigios de la vida anterior, la historia sedimentada y sobre todo nos remite a contemplar con templanza el encuentro con los naufragios del origen y sus diversas capitulaciones motivadas por la transgresión de la norma establecida.

En este cuaderno de campo anotaría después con las décadas avanzadas del siglo precedente algunos hechos de los que fui testigo, y que constataban con evidencia los asombrosos escenarios metropolitanos, la marginalidad en los reductos de la vieja ciudad, las nuevas patologías de la ciudad-dormitorio, el gueto de las emigrados, la morfología especulativa de los hipersuburbios, la ciudad fuera de la ciudad junto a una tecnificación sobrecogedora que me hacía interrogar si el retorno a esta ciudad no era una alegoría demasiado cruel.

Pero la fascinación por la ciudad del diseño total, elegía ensoñada por aquellos maestros constructores de las vanguardias, me envolvía de tal

manera que no llegaba a percibir el modelo negativo de las crueles y atractivas imágenes del moderno urbano, ni la situación crítica y en ocasiones antagónica que se suscitaba entre ciudad y arquitectura, ausentes ambos correlatos del poema del lugar.

La polis industrial que he conocido asimilaba como una suma de órdenes aleatorias, el triángulo metálico de producción, intercambio y consumo (P.I.C.), esquemático anagrama económico de la organización industrial que transformó la apacible escala burguesa en la ciudad de la indecisión y la incertidumbre, en interrogante crítico para el arquitecto que no acertaba a diferenciar que el modelo de trabajo en el que se consagraban sus proyectos no era sólo de índole técnica o social, sino de abrirse a nuevos modelos de pensamiento y que se avecinaban tiempos de administrar y entender las innovadoras escalas del conocimiento científico-técnico y artístico.

Ante semejante interrogante entre el pensar la filosofía de la nueva metrópoli y edificar su arquitectura, el arquitecto optó por esta versión más pragmática, gratificado sin duda por sus recuerdos simbólicos y fetiches de la modernidad más o menos reciclada. Su quehacer intelectual, me atrevería a enunciar, permaneció tangente a un tiempo que mostraba con avidez su naturaleza fugaz y simultáneamente trágica de la vida y llegó a ensimismarse con objetos transitorios y *edificios heroicos* de la vanguardia que aún perviven, salvados por la selección natural de la belleza de las formas.

Tales acotaciones hacia el conocimiento de la ciencia en las décadas finales del siglo pasado, nos estaban anunciando la fecha de caducidad de ese *bello objeto arquitectónico* y la llegada de un completo *cambio de paradigma* para el trabajo del arquitecto que seguía consagrándose en los monasterios de la forma. El proceder científico menos acosado por la heráldica del símbolo, construía los espacios de la ingeniería y la arquitectura alejado en sus propuestas de las arcaicas estructuras rígidas propugnando unos modelos de pensar abiertos, pero el *yo grandioso* en el que habíamos sido educados nos animaba a seguir proyectando edificios para la ciudad en afanosa búsqueda de proyectos originales, para aceptar después en la realidad más inmediata una réplica de series secundarias.

III

Tal vez por eso, el ingeniero más próximo a los desplazamientos de la *escala tecnológica* se apresuraba a reclamar que también él es el artista injustamente ignorado y, como el arquitecto, puede tener la pretensión de reinventar la ciudad, precisamente él que construye tantos objetos aislados de indudable utilidad en los postulados centrales del gran retablo metropolitano, reclamaba un protagonismo que se hacía elocuente ya en sus obras y que sólo puede admirar cuando éstos cumplen su finalidad pragmática. Asistíamos también a un cambio de poética y la época de esplendor de la for-

ma funcional se trastocaba en *otra imagen* en el encuentro con el espacio urbano. El espacio de la transparencia esencia de lo contemporáneo, que permite a la técnica construir sin dogma formal, tendencia de estilo o canon semántico.

Frente a la sobriedad funcional, la tiranía del ángulo recto, el conocimiento de los límites para cubrir el espacio, el modular maquinista, se intuían los desplazamientos y cambios económicos de la escala tecnológica, el *todo fluye* del pensamiento helénico, la desmesura del *devenir*, la superación constante del presente, el espacio formulado como temporalidad, en definitiva una visión apologética del futuro, parecía reescribirse como en los tiempos programáticos de las vanguardias, ahora adscritos a los nuevos postulados de la segunda naturaleza tecnocientífica. Esta nueva dimensión del espacio y morfología de la metrópoli lleva implícito también una apretada servidumbre de la praxis emancipativa contemporánea, que si bien dota de unos medios técnicos jamás imaginados y elimina necesidades primitivas, también atrofia las cualidades, los deseos del sujeto autónomo y de su entorno natural, de ahí la necesidad de maximizar el gran mecano de la tecnociencia y la resignación con la que entronizamos o aceptamos la catástrofe como éxtasis del tiempo, ante la esperanza de lo que ha de llegar, que en mi entorno como arquitecto, aun intentando sobrevivir en esa nostalgia activa que señalo, he podido comprobar las grandes dificultades que tiene la arquitectura para levantar edificios y construir la ciudad con fundamento y contemplar como si siguiéramos leyendo a Shakespeare, *la noble imagen que adquiere el engaño*.

Soy testigo, como muchos de ustedes, de una época, un siglo tan excesivo, que ha visto envejecer a la arquitectura ensoñada *bajo los rocíos del tiempo* (Salah Stefie), circunstancia que me sitúa en la frontera de un horizonte donde toda interrogación es necesaria, donde no hay opción o no debe uno refugiarse en los manifiestos terminales, tampoco dar tregua al desaliento de la incomprensión y dejarnos seducir por las demandas de la sociedad galante y audiovisual. Nos lo recuerda un arquitecto de celo iconoclasta como Paul Virilio: “Desgraciadamente en el caso de la arquitectura, se trata de un hecho probado; lo arquitectónico se convirtió en un arte audiovisual, y la pregunta pendiente es saber únicamente si mañana se transformara en un arte virtual”.

IV

Nos acercamos a una manera de proyectar la arquitectura que lo que *parece* un edificio *es* un edificio. Si es cierto, como se ha dicho que en nuestra época se experimenta junto con la pérdida de la conciencia de la forma, la falta de habilidad para un entendimiento conclusivo de la misma, lo que debemos entender es algo más que un debate bizantino sobre la fruición de la forma. La energía que conlleva la construcción de una forma en arquitectura, pronto será transformada en la simplicidad del signo que formalizarán

los códigos de una economía consumidora y que configuraran las imágenes para un proyecto de ciudad, donde se harán más elocuentes los efectos de poder, desproporción de la escala y los espacios para la apología del derroche.

Nadie oculta los logros y los episodios de la globalidad del mercado imperante, la transformación sociológica de la sociedad moderna, la conquista de una trayectoria material cualificada, debido a los procesos de las *tecnologías transformadoras*, y a la dinámica de la nueva organización *empresarial* por la división internacional del trabajo, pero en la oscura parroquia de nuestro hábitat más cotidiano somos conscientes que vivimos en el entramado de una civilización que tiene tanto miedo a lo trágico que no es de extrañar busque su refugio habitacional en lo depresivo.

Esta ideología que coloniza todo nuestro entorno con la seducción que encarna la enfermiza belleza de una *ilustración digitalizada*, nos conduce a realizar un trabajo como arquitectos que en parte tiene que proyectar ese archipiélago dolorido que construye la nueva condición metropolitana, *mecanización, desarraigo y espectáculo*, triángulo, ya no metálico de la metáfora industrial antes aludida, sino que integra o trata de compatibilizar libertades, democracia liberal y capitalismo tecnológico moderno, bajo los “ideales” de nuevo recuperados del “progreso”, apoyados ahora en un nuevo soporte ideológico que se traducen en los valores morales del éxito económico y en la hegemonía totalitaria de la razón instrumental de la técnica, hegemonía que opera bajo políticas de una economía que renuncia de manera despiadada al concepto de morada, introduce la arquitectura en el museo, anulando todo su poder crítico y congela la ética de las formas en apartados sociológicos del sentir democrático liberal. El inmenso poder tecnoinformativo ha roto la percepción de la realidad y crea una esquizofrenia mediática que escinde la propia condición humana.

La ciudad, aunque no queramos aceptarlo, hace tiempo que desaparece como lugar del encuentro, como tránsito para el diálogo, como recinto donde intercambiar la palabra subjetiva, como territorio de nuestra propia existencia. La comunidad de la ciudad posindustrial, creo que reclama sin mayor dilación del arquitecto de nuestro tiempo, otra mirada, otro proyecto, diferente configuración profesional y otra ética de la forma que le permita superar esos lugares que adorna con alardes espectacularmente engañosos próximos a la precariedad renovable, con espacios que certifican y avalan las nebulosas mitologías que nos rodean, reclama del arquitecto en nuestro tiempo recintos en la espacialidad metropolitana que permitan abandonar las mecanizadas esclusas de la máquina-ciudadana.

Este viejo oficio de la arquitectura siempre ha sido llamado a construir los lugares privados y públicos de la segunda naturaleza, a causa o por motivo de su habilidad para concebir el *artificio* y trascender la

materia en sentimiento de creatividad poética. En la panorámica del mundo contemporáneo, en la metrópoli dura del metálico y transparente entorno que habitamos. Este *diseño de dominio* que formalizara las geografías metropolitanas, que adultera saberes y poderes y deja la mercancía sucia y los anhelos de sus habitantes segregados, no puede ser aceptado como una propuesta fácil de regenerarse. La comunidad reclama *otro proyecto* de la arquitectura, que no es sólo un retórico reto histórico, sino necesaria y ambiciosa demanda de pensamiento y acción sobre la ciudad herida.

Hölderlin siempre inquietante, nos tranquiliza: “Difícilmente abandona el lugar lo que mora cerca del origen”.

A.F.A.

